

Años 20. Inés no se quedaba en estado y su marido, de dos años ya, Julio, perdía la paciencia, buscando en su ayer algún funesto error que Dios le hiciese purgar. Los domingos, después de misa, donde Inés había depositado sus oraciones a Santa Librada, quien ayuda a salir del laberinto de la esterilidad, se iban de paseo por la alameda. Todos los conocían y a todos debían un saludo.

—Inés, qué guapa estás. Qué flaquita.

—Y tú esperas... otro.

—El quinto ya. ¿Qué quieres? Dios los da y los quita. A mí, dos. Dos angelitos que vuelan por el cielo. ¡Ese trago, que es grande, no lo vas a pasar tú!

—Anda, guárdate las palabras. No es que tengas mala intención, pero es feo...

—¿Por qué, mujer?

Julio continúa el itinerario habitual sin ella. Le observan como si él fuera “menos hombre”, o quizá se lo imagina, porque las fantasías humanas parecen no poseer límite. Inés se engancha de su brazo y siguen la ronda forzosa.

La señora que amasa al quinto, otea, a su vez, al marido suyo, quien anda meditando en la contabilidad del negocio, y en cuántas bocas más podrá alimentar con su modesta abacería.

— ¡Nunca se nos ve contentos! Y mira a esa pobre mujer, que no puede.

—Si tú lo dices. Yo creo que mejor es criar pocos niños, o ninguno, y más pesetas redondas en el banco. Que engorden con los intereses.

—¿Cómo te atreves, hombre? ¿Para qué guardar, sin dar hijos al mundo? ¿Para Satán? Y yo aquí, aguantando lo indecible.

—No te enfades, no vaya a venir mal la criatura. Lo que necesitas es comer algún capricho, una golosina de las que te gustan. Te invito a un helado.

Y el día del Señor transcurría aburrido, sereno, imperturbable, con sus ciclos de nacimiento, procreación y muerte.

Julio tiene que irse a la capital por unos días. Es saludable escabullirse, aunque sea un poco, de la tirantez monótona del pueblo. Allí va a comprar unas mantelerías lagarteranas, pero debe verlas él, y rozarlas suavemente con la yema del dedo, como

un ciego lee su braille. Su madre había sido bordadora, y en esos asuntos no se le podía engañar.

—Prepara dos o tres mudas; ya he comprado el billete de tren.

La madre y abuela de Inés, así como sus hermanas, eran damas prolíficas, de estupendos partos, de lactancias abundantes. Estaba segura la joven de que el origen, el de aquel mal, se agazapaba en su marido. El solo pensamiento le era amargo, como una sombría injusticia.

Los dos primeros días sin él se le hicieron deliciosos, algo que le asustó. “Poco quiero ya a ese hombre”. Se levantaba sin prisas y, tras limpiar la casa, pues había hecho una compra general, y el frutero vendía por el portón, no debía ir a sitio alguno, viendo más y más preñeces. Encendía la radio de galena y se sentaba al punto de cruz y al rosario. No era paseante Inés. La cama, que tampoco fue enorme, quedaba a su sola disposición.

Ellos no poseían teléfono, claro está, pero un vecino sí lo había instalado. Y Julio, si surgiese algún imprevisto, sabía cómo comunicarse con ella. Inés guardaba el nombre de las pensiones en las que se alojaba habitualmente.

Al tercer día llamaron a la puerta. A ella le sobrevino una pereza infinita, y pensó en no abrir. Aunque insistía la aldaba, con su anillo inmutable.

—Buenos días, señora. Me llamo Juan Agudo y fui socio de su marido. ¿No se acuerda de mí?

Encendió Inés la luz e, instintivamente, echó el cuerpo hacia atrás, pues una mujer sola, aun la visita en el descansillo, no podía recibir a un hombre.

—No señor. Perdona, pero no recuerdo. ¿Qué desea?

—Pasar — contestó aquel Juan Agudo.

Inés vio tal decisión en el muchacho que le faltó la fuerza, o voluntad, para echarlo a golpes. Así que le franqueó la entrada. Con temblor, eso sí.

—Te han echado mal de ojo. Para eso vengo. A deshacerte el nudo.

—No sé de qué habla. Vivimos en el siglo XX, ¿no lo sabe?, y no admito esas boberías. Si necesita algo de dinero, en el jarrón escondo las vueltas.

Y fue a buscar los céntimos que iban a parar a los indigentes, aunque le extrañó lo bien vestido que lucía el tarambana.

—¡Quita eso! Vamos a una mesa: las cartas quieren hablar.

Sacó una baraja española y ella se asustó. Pues, evidentemente, se enfrentaba a un loco. Además, habían hospitalizado a la vecina, y la ventana que daba a la calle dormía en su estupor de cal y canto.

El joven Agudo se quitó el sombrero y lo colocó en la percha. Se sentó frente a Inés, que había caído como un pelele en el sillón, y empezó a barajar, a colocar montones y a leer el ignoto mensaje de aquellos arcanos.

—Aquí dice que tu marido es estéril. Y que sueñas, desesperadamente, con los hijos. Pero que enseguida vas a ser madre. Se acabó el pesar. Y no esperes más a que te llame por teléfono como signo de amores; está muy ocupado con otra.

—¡Váyase! ¡Que grito!

—Nadie va a oír. Te he observado mientras paseas por la Calle Grande, tristonamente, echándole miradas de odio a don Julio. Quien, por cierto, duerme en este instante con su mantenida, en la capital, en una pensión cuya dirección tienes tú. Y tampoco puede preñarla, aunque bien lo quisiera.

Inés lo había sospechado al comienzo. Después obtuvo pruebas, facturas, regalos; mas lo iba dejando correr. Deseaba olvidarlo, un sí y un no. ¿Para qué sufrir?

—Usted, que sabe tanto, dígame qué antídoto cura este veneno. El que me ahoga.

Observó Juan Agudo la cama, tras el batiente de par en par, primorosamente en orden. Con su colcha de satín, en la quietud y oscuridad de aquella alcoba, que se diría un templo. Y señaló con un dedo el mueble. Ella entendió bien, y sin añadir una palabra, como si el pecado consistiese en nombrarlo y no en hacerlo, se acercó con él al dormitorio.

A los nueve meses, la matrona puso un rosa de Jericó en agua. “¿Ves, Inesita? Cuando haya abierto los pétalos, ya habrá llegado la criatura al mundo. He traído la bañera de cinc y la cruz de Caravaca; ahí, la coloco sobre el vientre. Si gritas mucho, los malos espíritus se dan la gran risa. Mejor es ser valerosa”. Y, tras no pocos esfuerzos, apareció el niño en su casa, y Julio no daba crédito a que fuera varón tan enérgico y grande como uno ya de meses. No se hervía en el puchero más que caldo de gallina, en bien de la mamá, que lactaba. Se le bautizó Julito, porque se parecía a él de pies a cabeza. Y no se les iba a morir. Don Julio había comprado, en la ciudad, una cadena de higas y escapularios de azabache, para atarla a su cinturilla.

—Inés, el año que viene, vamos a por otro. Dan más alegría de la que pensaba.

—Pues tú, a la capital. Ida y vuelta. Para eso vivimos al lado de la estación. Que ya sumamos tres bocas, y las que han de venir. Atiende bien los negocios, hijo; necesitaremos mucha comida.

Y miraba Inés una baraja, a quien nadie prestaba atención, sobre la cómoda, y con la que hacía solitarios cuando le aturdía el aburrimiento.